

Sin embargo, la atención de Rafael Alberti, de Jorge Guillén y, sobre todo, de Luis Cernuda, se centra en otro grupo étnico y otra cultura. Si para Lorca el negro es la fuerza natural de América, para Alberti lo es el indio; retratado «como el aire, como los aguaceros, como lumbre y como tierra», simboliza los cuatro elementos. En él deposita el poeta las esperanzas de que pueda cambiar la suerte de México, y lo llama a la lucha por sus derechos:

Que no eres sólo el tema de una estrofa, (...)
ni ese perro dócil que se tumba,
dócil, después de herir, al pie del amo. (...)

Contra los gachupines que alambican
residuos coloniales por sus venas,
prepara tu fusil.
(*El indio*)

Como al negro lorquiano, la *sangre furiosa por debajo de las pieles* ha de llevar hacia la destrucción de la degenerada civilización del blanco, al indio albertiano, lo empujará a la lucha el pasado precolombino de Mesoamérica. No sin razón el poeta cita *un canto de los indias cunas panameños* para recordar que el hombre americano posee su propia cultura:

Hora es ya de que los vasos extranjeros apaguen
en los bosques su sonido (...)
Van a usarse por fin nuestros propios vasos azules.
(*Panamá*)

Al pasado de los indios alude también Luis Cernuda, mencionando en *Variaciones* los diferentes momentos y lugares de la historia mexicana (canales de Xochimilco, castillo de Chapultepec, etc.), pero haciendo hincapié en su impacto sobre el carácter nacional de los indios, intemporal y resistente a todos los cambios circunstanciales como la conquista, las dictaduras y las revoluciones. «Él sigue siendo el que era; idéntico a sí mismo, deja cerrarse, sobre la agitación superficial del mundo, la haz igual del tiempo». «Empobrecido, desposeído, mas con una integridad espiritual que se ha mostrado inmutable a través de los siglos»¹⁸, el indio presenta para Cernuda una fuerza parecida a la de los negros vistos por Lorca: la de mantener vivas las tradiciones y los valores humanos, y de oponerse a la destructora civilización que injustamente juzga como inferiores a los que no se le someten. El indio «es el hombre a quien los otros pueblos llaman no civilizado. Cuánto pueden aprender de él». De ahí la oposición del mundo indígena y el estadounidense «distinción, primordial para él, entre la espiritualidad de México y el materialismo de los países anglosajones»¹⁹, observada también en el contraste entre la riqueza norteamericana y la pobreza de los indios, en el entendimiento de la muerte, en el concepto del ocio y hasta en el mismo colorido costumbrista.

¹⁸ James Valender: Cernuda y el poema en prosa, [London: Tamesis Books Ltd, 1984], pág. 101.

¹⁹ Ibidem.

A través de *Variaciones* el lector puede seguir todo un proceso de observación y reflexión hechas por alguien que descubre una nueva realidad, reencontrando en ella, sin embargo, elementos conocidos y olvidados. Las poesías no ocultan nada del primer asombro, del hilo pensativo que lleva al poeta a las inevitables comparaciones, y de la final conclusión, siempre a favor del pueblo indio. Asistimos a una verdadera revelación de la naturalidad con la que se puede vivir la pobreza, hasta la miseria, de la autenticidad de la vida en todas las circunstancias y de la dignidad de la muerte:

Y entonces comprendiste todo el valor de esta palabra y su entero significado, porque casi te habías olvidado de que estabas vivo. Acaso el precio de estar vivo sea esa pobreza y duelo que veías en torno; acaso la vida exija, para estar viva, ese abandono ruin de miseria y tristeza, entre las cuales ella, como una flor, crece acrisolada. ¿Sofismas? Nada quedaba allá de la trivialidad y el vacío de la vida en las tierras de donde venías. (*Lo nuestro*)

Al lado de estos *descubrimientos*, un lugar importantísimo en el libro de Cernuda lo ocupan las descripciones de la vida cotidiana, de las costumbres, de escenas observadas o personas que con su particular aspecto o comportamiento llaman la atención del viajero. Estos pintorescos *cuadros costumbristas*, compuestos con verdadero afecto, tienen valor poético en sí mismos, a pesar de que operan como puntos de salida para reflexiones más profundas: sobre la pasividad del indio, debida al clima que tanto le recuerda al poeta su nativa Andalucía, o sobre la enorme importancia del descanso, tan opuesta al acelerado ritmo de vida en Inglaterra y Estados Unidos, en lo que coincide con observaciones que hace Jorge Guillén, por ejemplo inmovilizando en *Inditos (Clamor, Maremágnum)* una escena de reposo de tres indios de Oaxaca y destacando en ella la impresionante tranquilidad y melancolía.

Mientras las expresivas imágenes lorquianas de los negros desencadenan en el grito poético contra la ciudad, siendo el negro de Harlem un elemento integral del paisaje urbano de Nueva York, Cernuda, con sus pintorescos cuadros del indio mexicano canta la hermosura de la tierra americana —el siguiente objeto de percepción y expresión poética de los escritores de la generación del 27—.

El paisaje

Hay robles, hay nogales,
Olmos también, castaños.
Entre las muchas frondas
El tiempo aísla prados.

(Jorge Guillén, *Las soledades interrumpidas*)

Muy abundantes en la obra de algunos poetas, los ejemplos de descripción del paisaje americano demuestran el gran impacto que éste tuvo en ellos, y su importancia dentro del conjunto de las experiencias vividas en el otro continente. Luis Cernuda emprende el camino hacia América tras haber pasado nueve años en Inglaterra, familiarizado, pues, con el paisaje norteamericano, pero siempre fascinado por la posibilidad de descubrir algo nuevo y confrontarlo con lo conocido:

«¿Cómo serán los árboles aquellos?»
preguntaste. Ahí los tienes:
aún desnudos, ya hermosos,
bajo el cielo vasto, por el llanto y colinas
que ves a la ventana,
amigos nuevos en espera
de tu salida para andar contigo.
(*Otros aires*)

«No se extrañe —explica Cernuda en sus memorias—, que en los árboles cifrara, inconscientemente, la curiosidad hacia el país aún desconocido, porque ante mí tuve todos aquellos años los hermosos, los bellísimos árboles ingleses: robles, encinas, olmos». El contacto con el paisaje americano significa una prolongación de aquella admiración del árbol —símbolo, para Cernuda, de acogida, amistad y protección, tanto más importante en América donde el poeta empieza una nueva etapa de su vida—.

La idea de la esperanza encarnada en el árbol aparece también en la poesía de Jorge Guillén (p. ej. «Al margen de Thoreau»), pero en su visión del paisaje americano predomina la noción de tristeza y soledad. Mientras Cernuda percibe la fuerza renovadora de la naturaleza en América, «este fin de invierno hacia la primavera», para Guillén el paisaje es sumamente triste, por lo que destaca su aspecto otoñal:

Entonces no veía más que otoño rojizo de arces.
Y más allá de su horizonte imaginaba un
Octubre leve, dorado, trémulo de chopos.
(*Un emigrado*)

En «Visto y evocado» (*Homenaje*) la contemplación del paisaje, empapada de nostalgia, desemboca en unas reflexiones no menos melancólicas sobre la esencia de la vida, la soledad, la fugacidad del tiempo... —tema, tono y ambiente parecidos a los que encontramos en Dámaso Alonso, en uno de los pocos poemas que contiene impresiones del poeta de sus viajes por las Américas—. Sentado a orillas de Charles River en Massachusetts y hundido en sus pensamientos, reflexiona sobre la fluidez del tiempo y de las cosas, encarnada en el fluir del agua:

...sé que la tristeza es gris y fluye.
Porque sólo en el mundo la tristeza.

Todo lo que fluye es lágrimas.
Todo lo que fluye es tristeza, y no sabemos de dónde
viene la tristeza.

(A un río le llamaban Carlos)

La melancolía invade también a Federico García Lorca al contemplar el campo americano. En su retrato del paisaje urbano destaca la soledad y la alienación del hombre en el ambiente que le es hostil. La ciudad, enemiga del hombre y de la naturaleza, se presenta como una fatal fuerza destructora, capaz incluso de aniquilar la potencia de la naturaleza: «Nieves, lluvias y nieblas subrayan, mojan, tapan las inmensas torres; pero éstas, ciegas a todo juego, expresan su intención fría, enemiga de misterio, y cortan los cabellos a la lluvia o hacen visibles sus tres mil espadas a través del cisne suave de la niebla». En el campo, en cambio, la civilización mecanizada no puede ya amenazar a la naturaleza, «ya no hay lucha de torre y nube, ni los enjambres de ventanas se comen más de la mitad de la noche. Peces voladores tejen húmedas guirnaldas, y el cielo, como la terrible mujerona azul de Picasso, corre con los brazos abiertos a lo largo del mar. El cielo ha triunfado del rascacielos», la naturaleza ha triunfado sobre la civilización, pero —y a esto Lorca aquí no acude— también sobre el hombre. El contacto con el campo americano provoca en el poeta una peligrosa melancolía que, en vez de curar su crisis espiritual, la agrava. «Es un paisaje prodigioso», dice en una carta de Edem Mills, «pero de una melancolía infinita. (...) ...los bosques y lagos me sumen en un estado de desesperación poética muy difícil de sostener. (...) ...me ahogo en esta niebla y esta tranquilidad que hacen surgir mis recuerdos de una manera que me queman». Los poemas correspondientes a esta etapa de la experiencia americana de Lorca reflejan la confusión y la vulnerabilidad del poeta. Compone unos versos oscuros («Cielo vivo») y llenos de tormento («Poema doble del lago Edem»). Estos y otros poemas de la sección demuestran que el poeta, perseguido por unas asociaciones surrealistas y la obsesión de la muerte, no encuentra alivio ni alcanza la paz en el acogedor, a primera vista, paisaje.

Solamente el contacto con el Caribe provoca en Lorca un decidido cambio de la visión de América; el poeta vuelve a percibir la naturaleza con todos sus sentidos, en colores, olores y sonidos. «Es el amarillo de Cádiz, recuerda, con un grado más, el rosa de Sevilla tirando a carmín y el verde de Granada con una leve fosforescencia de pez: La Habana surge entre cañaverales». A pesar de que sólo le dedica un poema («Iré a Santiago»), éste es de suma importancia para el conjunto de su poesía americana ya que hace resaltar la enorme diferencia de percepción y enfoque de la visión de dos mundos: el norte y el hispanoamericano. La misma diferenciación se nota en la obra de Luis Cernuda: el contacto con México le lleva a refle-